

## CAPÍTULO I

# ¿ADÁN MASÓN? VIAJE AL PAÍS DE LA MEMORIA MASÓNICA

Los primeros decenios del siglo XVIII fueron esenciales para el desarrollo de la Francmasonería. En la órbita de la *Royal Society* newtoniana y de la *Society of Antiquaries* (la Sociedad de los Anticuarios, de la que volveremos a hablar), la Gran Logia de Londres exploró el pasado mítico de la Orden, cultivó el arte de la memoria heredada del Renacimiento<sup>1</sup> y de la memoria del Arte (necesariamente) Real, término que designaba, a la vez, la geometría, la arquitectura y la Francmasonería. En aquel periodo rico y confuso, en el que los buscadores de la verdad (*Filaletes*) exploraban con fervor las vías de la razón y del misterio y se apasionaban, a la vez, por el templo de Salomón y por los megalitos de Stonehenge, por la física moderna

---

<sup>1</sup> En líneas generales, se trata de una técnica que permite al que la controla imaginarse el texto que quiere memorizar bajo la forma de un edificio en el que penetra mentalmente y asocia a cada parte tal demostración o tal desarrollo, al que él puede, de este modo, volver una y otra vez, visualizando los lazos lógicos y las principales estructuras. Sobre este tema se puede consultar la obra clásica de Frances A. Yates, *L'Art de la Mémoire*, edición francesa, París, Galimard, Bibliothèque des Histoires, 1975. Véase también Jacques Le Goff, *Histoire et mémoire*, París, Gallimard, coll. Folio Histoire, ed. 1988, 409 pp.

y por la alquimia, nació una forma de sociabilidad nueva. Sus maestros de obra (masones) pidieron prestada la mayor parte de los materiales a otros edificios, reales o virtuales, para reunirlos en una construcción original, casi incatalogable, que fue, sin duda, una de sus principales fuerzas: escuela de virtud, caridad, club de hombres, sociedad de ayuda mutua, sociedad iniciática, círculo de alta sociedad... Lo esencial fue, sin duda, la tendencia a la plasticidad de una Orden que anunciaba su irreductible diferencia con el mundo profano, cultivaba la discreción y reivindicaba ya su entrada en el *Establishment* y su reconocimiento por parte de las élites.

Existió un hombre, a nuestro parecer, que representa el arquetipo de aquellos tiempos pioneros: William Stukeley, amigo y discípulo de Isaac Newton, físico también, miembro de la *Royal Society*, censor del Colegio de físicos y secretario de la *Society of Antiquaries*. Figura reconocida en los círculos eruditos londinenses e iniciado masón en 1720-1721, William Stukeley cambió la capital por Lincolnshire en 1726. Describía así a un amigo los encantos de la sociabilidad de provincias: “Hemos creado una pequeña logia de masones, bien ordenada, hemos adquirido la costumbre de organizar todos los meses una reunión de sociedad para bailar con el bello sexo y una reunión semanal para debatir entre hombres de clase”. En su jardín, Stukeley, que sentía pasión por los megalitos de Stonehenge, construyó un templo druida donde enterró, bajo un gran altar, a un hijo suyo que nació muerto<sup>2</sup>.

## 1. La búsqueda de los orígenes

Desde el siglo XVIII, los francmasones europeos manifestaron una gran curiosidad por sus orígenes. Verdadera búsqueda

---

<sup>2</sup> Sobre Stukeley se puede leer el artículo de Michael Spurr, «William Stukeley: Antiquarian and Freemason», *Ars Quatuor Coronatorum*, 1987, pp. 113-130; y Stuart Piggot, *William Stukeley: an Eighteenth-Century Antiquary*, edición aumentada, New York, 1985.

da del Grial, esta investigación de la Francmasonería primitiva comenzó paradójicamente en los primeros años de existencia probada de la Orden masónica. Esta búsqueda de un hipotético «eslabón perdido» entre masones operativos –los talladores de piedra y otros masones de piedra libre, ya tallada– y francmasones especulativos continuó desde entonces, por cierto con poca serenidad, a golpe de revelaciones estrepitosas, de hallazgos éxitos en librerías y de querellas entre las obediencias\*. Ciertamente es que aquellos buscadores de memoria eran más fieles a la causa que los investigadores que no forman parte de ella. Sin embargo, lo que estaba en juego era importante, porque el taller masónico constituía, por esencia, un lugar de memoria, de memoria perdida o de memoria perpetuada, aquellas de los constructores del templo de Salomón. El compromiso masónico era, en sí mismo, una búsqueda de identidad o, más precisamente, la elección decidida de construir su propia identidad, de precisar los límites, de tantear las zonas oscuras, de trazar los planos, sirviéndole de espejo ese otro en el que se reconocía un hermano. Al entrar en el templo, cada uno llevaba su piedra bruta, asumía las imperfecciones de ésta para pulirla mejor por medio de las herramientas del Arte Real y de los trabajos realizados en común en el taller del templo. A menudo se olvida que las utopías privilegian la arquitectura para dar cuerpo a su organización armoniosa y ajustada del cosmos. La Francmasonería no escapó a este concepto.

Todos los textos pioneros de la Francmasonería del siglo XVIII fueron el fruto de esta búsqueda de identidad. «Hombre de deseo», según el magnífico término del *Philosophe inconnu* de Louis-Claude de Saint-Martin, que influyó profundamente en la Francmasonería mística de finales del Siglo de las Luces, el *homo maçonnicus* fue en principio un hombre de memoria. Podría fijarse 1717 como fecha histórica de nacimiento de la Orden. Pero el deseo de conocer la prehistoria de la Orden era irreprimible, así como lo era el del francmasón de hacerse arqueólogo, paleógrafo, historiador del arte. ¿De dónde vienen esas cuatro logias londinenses que se asocian en 1717

para crear la Gran Logia de Londres? ¿Con qué tradiciones se vinculan? Para responder a estas preguntas que obsesionaban a los masones, incluso la Gran Logia confió muy pronto a muchos de sus miembros la misión de examinar los reglamentos y estatutos de las corporaciones de masones operativos. Se trataba de conjeturar sobre su origen y de reunir los fragmentos dispersos de una memoria masónica para escribir, si no la historia oficial de la Orden masónica, al menos, a la manera de los colegios de pontífices de la Roma antigua, los *Anales* que asignasen a la Orden una larga historia que la orientase para dar un sentido a la acción de los hombres. Sin texto ni mito fundador, la utopía se desnortaba.

El estudio de los diferentes relatos sobre la fundación de la Orden masónica no debe dirigirse, en un primer momento, a señalar sus fantasías, sus contradicciones, sus errores manifiestos, sino a comprender cómo estos relatos fundaron la memoria de la Orden y a considerar lo que aportaron a la construcción de la identidad masónica. Por retomar las palabras del poeta Saint-John Perse, es importante adoptar el “partido de la estima”, el del etnólogo que descubre en los diferentes mitos fundadores y en sus variables las estructuras mentales de una colectividad, sus tensiones, sus miedos y sus tabúes, pero también sus valores, sus esperanzas y sus proyectos. Abrir los relatos de fundación es embarcarse en un viaje al país de la memoria masónica, rico en sorpresas y en enseñanzas.

## 2. Entre memoria y política: las *Constituciones* de Anderson

Desde la fundación de la primera Gran Logia de Londres, el 24 de junio de 1717, los francmasones se preguntaron sobre los orígenes de la Orden masónica y del Arte Real. El reto político era evidente. Demostrar que el Arte Real se había perpetuado desde tiempos inmemoriales y que los *Accepted and Free-Masons* o francmasones especulativos eran los herederos directos de los *Freemasons* –literalmente *Freestone masons* (masones

de piedra libre, ya tallada), entre Masonería especulativa y Masonería operativa significaba legitimar la autoridad de la Gran Logia de Londres sobre todos los francmasones.

En *La Création des identités nationales*, Anne-Marie Thiesse señala que “todo acto de nacimiento establece una filiación. La vida de las naciones europeas comienza con la designación de sus ancestros. Y la proclamación de un descubrimiento: existe un camino de acceso a los orígenes que permite encontrar los ejes fundadores y recoger su preciado legado”<sup>3</sup>. La misión que el Gran Maestro, duque de Montagu, confió al pastor James Anderson era esencial. En la segunda edición (1738) de las *Constituciones*, Anderson contaba que “los francmasones [...] no tenían Libro de Constituciones impreso hasta que su Gracia, el duque de Montagu, entonces Gran Maestro, me ordenara leer los viejos manuscritos y compilar estas *Constituciones* así como una cronología exacta”. Tuvo que bucear en los *Old Charges*, o “Antiguos Deberes” de los masones operativos, para obtener la materia de una historia oficial de la Masonería inmemorial: “Hacer de estas nuevas constituciones, adoptadas en 1723, un relato exacto y justo de la Masonería desde el comienzo del mundo hasta la Gran Maestría de vuestra Gracia, conservando completamente todo lo que había realmente de antiguo y de auténtico en los antiguos”.

Los *Old Charges*, que Anderson denominó “Constituciones góticas”, formaban un conjunto de 127 manuscritos, de los que se conservan ciento trece. Los más célebres eran el *Regius* (ca.1390), el *Cooke* (ca.1420) y el *Sloane* n° 3438 (ca. 1646). Su estructura interna era similar. Cada versión de los Antiguos Deberes contenía al comienzo una oración y después un relato legendario de los orígenes del oficio (*craft*) que iba desde los tiempos bíblicos hasta su establecimiento en Inglaterra. A continuación, se adentraban en el núcleo del texto reglamentario y normativo, un reglamento preciso que debía ser la guía de

<sup>3</sup> Anne-Marie Thiesse, *La Création des identités nationales. Europe XVIII<sup>e</sup>-XX<sup>e</sup> siècle*, Paris, Le Seuil, Univers historique, 1999, p. 21.

los maestros, de los compañeros y de los aprendices, tanto en el plano profesional como moral. Los reglamentos y estatutos de los oficios franceses consistían en lo mismo. En Francia, además, los miembros del oficio se reunían en una cofradía con el objetivo de venerar a su santo patrón. Los *Old Charges* precisaban, por último, las medidas que debían tomarse para la celebración de las grandes asambleas, a las que debían asistir numerosos masones procedentes de los cuatro rincones de Inglaterra. En los *Old Charges* se recordaba que la asistencia a los trabajos era obligatoria y se contemplaban los procedimientos para juzgar y castigar a un miembro reconocido como culpable de ofensa o de delito. Igualmente, se establecían los procedimientos de admisión de nuevos miembros y se incluía un juramento de fidelidad.

James Anderson, que recopiló estos manuscritos, en lo esencial medievales, no era un historiador en el sentido moderno del término. Su empresa estuvo fuertemente influida por la moda de “anticuarismo”, palabra que, según Georges Lamoine, no equivalía a “gusto o manía por las antigüedades”.<sup>4</sup> En este sentido debe señalarse que el movimiento de los anticuarios (*antiquaries*) renació precisamente en 1717, por tanto antes que la *Society of Antiquaries* obtuviera su reconocimiento oficial en 1751 por patente real. El anticuario estaba motivado por una curiosidad universal e investigaba en todos los sentidos, aunque sobre todo se apasionaba por la historia de los pueblos británicos. Se interrogaba sobre el origen de sus lenguas, sobre su patrimonio arquitectónico, y levaba sus investigaciones desde las fortalezas medievales hasta los megalitos de Stonehenge:

Todo está sujeto a investigación: en una palabra, el anticuario se interesa, en un primer momento, por todo lo que constituye el pasado nacional inglés, escocés, galés, irlandés y, a continuación, por los orígenes y la situación del

---

<sup>4</sup> El siglo XIX francés conoció una oleada de fundaciones de sociedades de anticuarios (en el Oeste, en la Morinie –región de Saint-Omer–, en Picardía...), muy influenciadas por el modelo inglés y deseando desmarcarse de las academias y otras sociedades de las bellas letras típicas del Antiguo Régimen.

individuo. Encontramos, sin orden, estudios sobre la historia del arte militar y de la caballería, la construcción de fortalezas, el arte de construir puentes en la Edad Media, las construcciones religiosas, las vestimentas, las recreaciones y pasatiempos de otros tiempos, los precios y los sueldos, las costumbres, la música, etc.... El aspecto literario no se ha olvidado y las investigaciones en este terreno dieron muchos resultados, sobre todo a partir de 1760. La vida religiosa de los Antiguos intrigaba mucho a los curiosos, y William Stukeley, que era masón, publicó muchos estudios sobre los Druidas, los megalitos y, muy particularmente, sobre Stonehenge, que para él era un templo druida dedicado al culto solar por su configuración con relación a los astros<sup>5</sup>.

Por se da la circunstancia de que numerosos “anticuarios” también fueron masones de primer orden. Ya en 1646, el erudito Elias Ashmole, anticuario distinguido, fundador del célebre Ashmolean Museum de Oxford, fue uno de los primeros *Accepted Masons*. Su *Journal* cuenta que, en efecto, fue iniciado en Octubre en Warrington, en el condado de Lancashire, en compañía de su suegro, en una logia de siete hermanos reunida para la ocasión. Se cree, incluso, que una versión del manuscrito de los *Old Charges Sloane* n° 3438 se escribió con motivo su iniciación. Treinta y seis años más tarde, mencionaba su convocatoria a una tenida en la *Masons' Hall* de Londres en 1682. Desafortunadamente, no hay ninguna otra referencia a la Francmasonería en el *Journal* de Elias Ashmole.

Desde el siglo XVII, no fue único el caso del fundador del Ashmolean Museum de Oxford. Anticuario distinguido y heraldista de renombre, Randle Holme (1627-1699), tercero por el apellido, escribió en *Academie of Armoury* en 1688 que se honraba de frecuentar a los masones operativos debido, en primer lugar, a la antigüedad de sus oficios y corporaciones y, en segundo lugar, sobre todo por pertenecer él mismo a la sociedad de los francma-

<sup>5</sup> Georges Lamoine, «Essai de présentation historique», *Les Constitutions d'Anderson*, traducciones de 1723 y 1738, Toulouse, SNES, 1995, p. 17.

sones. Este testimonio es capital porque muestra, con precisión, los lazos que los masones “no operativos” –en esta época es prematuro y arriesgado calificarlos de especulativos– tuvieron con los operativos y revela la existencia simultánea de varias estructuras masónicas que permitían los intercambios entre operativos y no operativos. Randle Holme proporcionaba información sobre la logia que se reunía en Chester. El término de logia no designaba aquí la célula elemental de la sociabilidad masónica asociativa, compuesta de un núcleo estable de hermanos enriquecido ocasionalmente por hermanos visitantes y cuyos miembros se reunían regularmente. La logia designaba en este caso al conjunto de hermanos convocados la mayor parte de las veces para participar en la recepción de un recién llegado, “*making a mason*” escribe Ashmole. Los 26 miembros de la logia a la que pertenecía Randle Holme y que se reunía en Chester alrededor de 1672 estaban unidos, en su mayor parte, por los oficios de la construcción. Su presencia en Chester se debió a la reconstrucción de la ciudad tras el cerco que la había castigado profundamente a lo largo de la guerra civil<sup>6</sup>.

En el siglo XVIII, cuando el movimiento del *anticuarismo* vivió su segundo renacimiento, los testimonios sobre quienes imitaron a Ashmole son muy numerosos. Muchos de estos anticuarios masones fueron *Fellow of the Royal Society*, Sociedad Real fundada por Isaac Newton (1642-1727). La *Royal Society* proveyó a la primera Gran Logia de Londres de una parte esencial de sus cargos dirigentes y le inspiró las ideas de su fundador. Se ha constatado que la *Royal Society*, cuando Newton era presidente, en 1718 contaba con 13 masones claramente identificados, con 59 en 1725 y con 89 en 1730. La *Horn Tavern Lodge*, logia ilustre, no comunicó la lista completa de miembros correspondiente 1730, pero se puede suponer que la cantidad de masones *Fellows of the Royal Society* era incluso más alto en esa fecha. Más aún, todos los Grandes Maestros entre 1719

---

<sup>6</sup> Hay que señalar que los estudios recientes sobre las *guilds* muestran que, al contrario de lo que se había pensado durante mucho tiempo, estas corporaciones no decayeron en el siglo XVII, sino que fueron muy influyentes en las élites urbanas.



y 1727, y todos los Diputados Grandes Maestros de 1718 a 1728, fueron miembros de la *Royal Society*. Entre estos francmasones miembros de la *Royal Society*, y a la vez anticuarios distinguidos, figuraban el impulsor de las *Constituciones* de 1723, conocidas como Anderson, el duque de Montagu, *fellow* en 1725, o también Martin Folies, *fellow* en 1720 y Diputado Gran Maestro de la Gran Logia, algo como como Gran Maestro adjunto, en 1724. Por otra parte, hoy en día se conservan numerosos testimonios sobre el notable interés que tenían estos anticuarios, miembros de la *Royal Society* y francmasones, por lo relacionado con la arquitectura. La magnífica colección de dibujos geométricos, arquitectónicos y simbólicos reunida hacia 1725 por John Byron (1691-1763), en los que se revela la influencia hermética y alquimista del siglo XVII, es un buen ejemplo de ello. Estos hombres del *otium*, el ocio aristocrático que exaltaba Cicerón como el valor noble por excelencia, eran verdaderos *amateurs* del Arte Real, tomado en su acepción primera de arquitectura y de geometría<sup>7</sup>.

De forma significativa, James Anderson señalaba que su obra era, ante todo, el fruto de una larga y paciente compilación de fuentes existentes, algunas de las cuales fueron con certeza presentadas a la Gran Logia entre 1717 y 1723. Saber

---

<sup>7</sup> Un testimonio holandés sobre la más antigua logia masónica conocida de Borgoña, demuestra el lugar esencial que ocupaba la enseñanza de la arquitectura en la formación de los aprendices especulativos. Vid. Daniel Ligou, «Les origines de la Maçonnerie bourguignonne», *Dix-huitième siècle*, 1987, n° 19, *La Franc-maçonnerie*, pp. 189-203. El diletantismo es, hasta finales del siglo XIX, tanto en los terrenos científicos, como en los literarios o deportivos, un signo eminente de distinción y de buen gusto por oposición al profesionalismo, cargado de dependencias y signo de inferioridad social. Habrá que utilizar, además, esta tensión entre amateur y profesional, entre masón especulativo o *Accepted mason* y masón operativo, como una clave para interpretar las complejas y conflictivas relaciones que han podido existir entre operativos y especulativos, después entre nobles y burgueses en el seno de las logias masónicas del siglo XVIII, en particular en el continente europeo. Refuerza la oposición entre *otium* y *neg-otium*, es decir, entre el ocio aristocrático y la perpetua agitación del negocio que impide “vivir noblemente” y llega a ser, de hecho, un estigma de la plebe.

que en el momento que otros anticuarios intentan “deshacer la madeja de Babel y que uno de ellos creía que el irlandés descendía del fenicio” (Georges Lamoine), permite comprender mejor el hecho de que Anderson no dudase en remontar la Masonería hasta el Génesis. El enfoque de Anderson se inscribía, igualmente, en la línea de las grandes genealogías medievales. Así lo muestra la comparación de sus Constituciones con la *Histoire des Francs* de Grégoire de Tours. ¿No escribía el obispo de Tours: “He creído también que sería útil para la cronología hacer remontar mis primeros libros al comienzo del mundo”? De hecho, el libro primero, dividido en cuarenta y ocho capítulos, comenzaba por cuatro capítulos sobre “Adán y Eva”, “Caín y Abel”, “Enoch el justo” y “El Diluvio”. El tema del capítulo VI versaba sobre “Babilonia”. “Salomón y la construcción del Templo”, evocados en el capítulo XIII, eran también temas que ocupaban un lugar privilegiado en la obra de Anderson y en el simbolismo masónico.

De entrada, Anderson presentaba a Adán como “nuestro primer ancestro, creado a la imagen de Dios, el Gran Arquitecto del Universo”, bajo cuyos auspicios trabajaba el conjunto de los francmasones del siglo XVIII. Hacer de Adán el primer masón no era nada original ni chocante si nos situamos en el contexto de la época. Para justificar el régimen monárquico como el único sistema a la vez razonable y admisible por Dios, era habitual hacer de Adán el primer rey. El pastor presbiteriano elaboró, a continuación, la larga lista de grandes constructores y de príncipes mecenas, rápidamente elevados a la categoría de Grandes Maestros o protectores de la Masonería. Al obrar así, elaboró la larga y prestigiosa genealogía de los pioneros del Arte Real: arte de los reyes y rey de las artes. Salomón, “Gran Maestro de la logia de Jerusalén”, fue objeto de una detenida atención por parte de Anderson. También debe observarse que la construcción del templo de Salomón constituye el relato por excelencia de fundación de la Francmasonería.

Anderson precisaba que “el sabio rey Hiram era Gran Maestro de la logia de Tiro, que Hiram Abif, el inspirado –no hay

que confundirlo con el anterior—, era maestro de obra y que la Masonería estaba bajo la dirección inmediata del Cielo”. Anderson concluía afirmando que “el templo del verdadero Dios llegó a ser el objeto de admiración de todos los viajeros, según el cual, al igual que sobre el modelo más perfecto, corregían su arquitectura a su vuelta”.

Después de haber integrado a Pitágoras, y sin omitir “la sabia isla de Sicilia, donde vivió el prodigioso geómetra Arquímedes”, Anderson calificaba al gran Vitrubio como “padre de todos los verdaderos arquitectos hasta ese momento”. Pero no olvidaba el papel de protectores de la auténtica Masonería que asumieron los príncipes: “se puede, de forma razonada, admitir, —argumentaba— que el glorioso Augusto llegó a ser el Gran Maestro de la logia de Roma; no sólo fue el patrón de Vitrubio, sino que mejoró mucho el destino de los compañeros, como se resalta en numerosos y magníficos edificios que marcaron su reino y cuyos vestigios constituyen el modelo y la medida de la *Masonería auténtica*”. La noción de modelo normativo estaba ya presente, prefigurando la definición de una Francmasonería regular y, en consecuencia, de una Francmasonería irregular, asunto que envenena aún hoy en día las relaciones entre obediencias anglosajonas y las denominadas “latinas”.

Llegados a este punto del relato de Anderson, nos equivocáramos al calificar como aberrante su empresa y no ver en ella más que un compendio absurdo y desordenado de todas las construcciones célebres desde la Antigüedad, de los príncipes que las iniciaron y de los arquitectos y otros geómetras que las realizaron. La primera Gran Logia de Londres buscaba entonces hacerse con un capital simbólico prestigioso, inscribirse en una tradición de excelencia. Sobre todo, y como toda nueva asociación en una sociedad tradicional, buscaba influyentes mecenazgos, protecciones y reconocimiento oficial. Esta búsqueda del reconocimiento oficial constituía, además, una de las características más evidentes de la historia de la Francmasonería en el siglo XVIII, y no sólo en Inglaterra. Ella sola es prueba de duración, de prosperidad, incluso de supervivencia, porque la

autoridad política se preocupa, naturalmente, ante la emergencia de estructuras de sociabilidad no acreditadas.

Una vez demostrado que los más grandes príncipes de la historia habían apoyado la Masonería y participado en los trabajos del Arte Real, obviamente se podía esperar que los príncipes de la época se dignasen atenderla con ojo vigilante y aceptasen concederle su real mecenazgo. En la dedicatoria de la edición de 1738 de las *Constituciones*, la demanda de protección estaba claramente dirigida a la dinastía de los Hannover que reinaba en Inglaterra desde 1714:

Poderoso Señor,

El marqués de Carnavon, nuestro muy respetable Gran Maestro, su Diputado y sus Vigilantes y la Fraternidad me han ordenado, a mí, el autor, dedicar con humildad en su nombre este libro de las *Constituciones* a Vuestra Alteza Real. [...]

Vuestra Alteza Real sabe bien que nuestra Fraternidad ha recibido, a menudo, la protección de personajes reales en el pasado, por lo que la Arquitectura tuvo muy pronto el título de Arte Real, y los francmasones se han esforzado siempre por merecer esta protección debido a su lealtad.

Porque en nuestras logias no nos entrometemos en asuntos de Estado ni en lo que pueda hacer sombra a los magistrados civiles, que pueda romper la armonía de nuestras propias comunicaciones o debilitar los cimientos de la Logia.

Y sean cuales sean nuestras opiniones respectivas sobre otros temas (dejando a cada uno la Libertad de Conciencia) en tanto que masones, nosotros participamos, armoniosamente, en esta noble Ciencia y este Arte Real, en las virtudes sociales; nos mostramos sinceros y leales y evitamos aquello que pueda ofender a los Poderes de la Tierra, bajo los cuales nos congregamos apaciblemente, de manera solemne, como lo hacemos hoy, felizmente, en estas Islas bajo vuestro Real Padre y nuestro soberano Señor.

El Rey Jorge II

La fraternidad entera, debidamente convencida del muy gran Honor que le hacéis convirtiéndoos en su Real Hermano

y Protector, me ha encomendado notificarle a vuestra Real Persona su Gracitud, su fraternal afecto y sus humildes Respetos hacia vuestra Real Princesa, deseándole que llegue a ser una Feliz Madre de muchos hijos, cuyos descendientes serán también los Protectores de la Fraternidad a lo largo de Siglos futuros.

En esto los Masones Francos y Aceptados son unánimes, y nadie sabría serlo de forma más cordial, con toda Humildad, que,

Poderoso Señor,  
de Vuestra Alteza Real  
el fiel y sincero  
James Anderson<sup>8</sup>.

Para convencer a la dinastía alemana originaria de Hannover de que aportara su mecenazgo a la Gran Logia, prueba de reconocimiento oficial, había que recordar el papel de los precedentes reyes de Inglaterra en la implantación, la difusión y la protección de la Masonería en todas las Islas Británicas. Era una manera de persuadir a los “viajeros alemanes”, retomando el calificativo poco agraciado que les había lanzado su oponente Bolingbroke en 1715, de que ellos podían fácilmente hacer que figuraran sus nombres en una larga tradición, a la vez monárquica e inglesa. Anderson lo había comprendido perfectamente. También comprendió que insistir en la intervención decisiva de los reyes de Inglaterra en la organización armoniosa y rigurosa de la Masonería operativa en la Edad Media permitía solicitar de los príncipes contemporáneos mecenazgos y apadrinamientos parecidos a los que habían disfrutado los masones operativos bajo sus lejanos predecesores y, a la vez, establecer una filiación directa entre Masonería especulativa y Masonería operativa, rechazando toda idea de solución de continuidad entre ambas.

<sup>8</sup> *Constitutions de 1738, Les Constitutions d'Anderson*, basadas en las traducciones de los textos de 1723 y 1738 por Georges Lamoine, *op. cit.*, pp. 96-97.

Anderson puso el acento en el papel del rey Athelstan, “de sangre sajona”... como los Hannover y a los que llamaba los “reyes sajones de Gran Bretaña” en la edición de 1738<sup>9</sup>. Athelstan habría concedido a los masones “una carta para permanecer en la Noble Logia, con unas buenas disposiciones, extraídas de viejos escritos por parte del Príncipe Edwin, hijo del rey en la edición de 1723, y su hermano en la de 1738, brillante Maestro-General que reunió pronto en York a los Hermanos y en esta Logia se las comunicó todas”<sup>10</sup>. Los fundadores de la Gran Logia de Londres no harían más que restablecer las prácticas de los fundadores de la Masonería operativa medieval. Lejos de ser una peligrosa novedad, su fundación sería, de hecho, una restauración.

La segunda edición, datada en 1738, significativamente no se limitó a compilar relatos legendarios sobre los trabajos de los pioneros del Arte Real. También abarcaba desde los orígenes de la Edad Media hasta los Tiempos modernos con la llegada de la dinastía de los Hannover al trono de Inglaterra. Tal empresa suponía un notable espíritu imaginativo, dado que la Francmasonería especulativa no existió en Inglaterra antes de fines del siglo XVII. Exigía también un profundo dominio de la historia cercana y agitada de Inglaterra entre los siglos XVI y XVII y un gran conocimiento de las tramas políticas, puesto que no había que incomodar a Jorge II, príncipe de Gales, o a la facción *whig* en el poder. Ahora bien, imaginación, erudición, prudencia y sentido político no le faltaban a Anderson. Marie-Cécile Révauger observa, con razón, que “todo tiende a probar que los objetivos de Anderson fueron [...] bien calibrados y que sus consecuencias políticas y religiosas fueron evaluadas con precisión”<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> *Constitutions de 1738*, pp. 187-190.

<sup>10</sup> *Constitutions de 1723*, p. 53; *Constitutions de 1738*, p. 152.

<sup>11</sup> Marie-Cécile Révauger, «Franc-maçonnerie et religion en Grande-Bretagne: vers une religion d'État», Charles Porset y Cécile Révauger (eds.), *Franc-maçonnerie et religions dans l'Europe des Lumières*, Actas del coloquio de Grenoble, 2-3 de abril de 1993, Paris, Honoré Champion, *Les dix-butèmes siècles* 19, 1998, p. 29.

Sutilmente, el pastor presbiteriano eludió rápidamente la Revolución, la *Commonwealth* y el Protectorado de Cromwell. En el capítulo dedicado a la Francmasonería en Irlanda, en el fragmento que trata de este período sangriento de la historia irlandesa, se observa perfectamente la destreza de Anderson, ya que hábilmente atribuyó la restauración del Arte Real al primero de los Hannover:

La Masonería prosperó en Irlanda bajo los reinados de Jacobo I y de Carlos I hasta el momento de las Guerras Civiles, cuando todo el Edificio se derrumbó hasta la Restauración en 1660. A continuación, fue restablecida por los Discípulos de Iñigo Jones –célebre arquitecto– durante el reinado de Carlos I y hasta las Guerras del rey Jacobo II. Pero después de que el rey Guillermo (se trata de Guillermo de Orange, vencedor de la Gloriosa Revolución de 1688-1689) hubo devuelto la paz, las Artes y las Ciencias fueron cultivadas de nuevo durante los reinados de la Reina Ana y del Rey Jorge I<sup>12</sup>.

Anderson también hizo gala de la misma prudencia cuando incluyó a los más grandes arquitectos dentro la genealogía de los Grandes Maestros que habían dirigido los destinos del Arte Real. En la edición de 1723 hizo dos breves menciones, añadiéndolas como notas a pie de página, al célebre Christopher Wren (1632-1723), arquitecto jefe de la Iglesia de Saint-Paul, que destacó durante la reconstrucción de Londres después del terrible incendio de 1666. Wren vivía todavía en aquella fecha. Pero en 1738, en la segunda edición de las *Constituciones* lo convirtió en francmasón; es más, en Gran Maestro. Wren, “pasado al oriente eterno”<sup>13</sup>, no podía protestar; Anderson aprovechó la ocasión para deplorar su falta de celo y atribuir a los vencedores de la Gloriosa Revolución de Inglaterra el renacimiento del Arte Real<sup>14</sup>. La referencia a la Gloriosa Revolución

<sup>12</sup> *Constitutions de 1738, Les Constitutions d'Anderson*, basadas en las traducciones de los textos de 1723 y 1738 por Georges Lamoine, *op. cit.*, p. 176.

<sup>13</sup> Expresión masónica que significa la muerte (NdT).

<sup>14</sup> *Constitutions de 1738*, p. 187.

de 1668, que había expulsado al rey Jacobo II Stuart del trono, era particularmente hábil porque no hacía más que complacer a los Hannover en una época en la que temían todavía las acciones de los partidarios de la dinastía Stuart, los jacobitas, antes de que llegase la tragedia durante el desastre de Culloden en 1746. Anderson engrazó claramente la prosperidad de la Orden masónica al régimen nacido en 1688-1689 y a la dinastía reinante desde 1714.

Así pues, desde el momento de su fundación se percibe el deseo de la Gran Logia de Londres de obtener el reconocimiento oficial del Estado; un reconocimiento que se mantuvo a lo largo del siglo XVIII y se acentuó más aún debido al contexto político-religioso interior y exterior. Numerosos francmasones continentales, comenzando por el caballero jacobita André-Michel Ramsay, Gran Orador de la Gran Logia de Francia, en su célebre discurso de 1737, albergaron parecidos deseos. Existir al margen de la sociabilidad acreditada no era cosa fácil. La pertenencia al *Establishment* garantizaba a la Gran Logia reputación y distinción, pero la “carta de incorporación” (*charter of incorporation*) que el Gran Maestro, duque de Beaufort, solicitó en 1769 iba a permitir restablecer la tradición legendaria de Athelstan y de Edwin, organizando la Masonería operativa y otorgándole privilegios y protección. Y es más, la concesión de esta carta por parte de la Cámara de los Lores significaría que la Orden masónica, reconocida como corporación pública a partir de entonces, se beneficiaría de un apoyo financiero por parte del Estado. En el momento en que la Gran Logia lanzó el proyecto tan costoso, incluso faraónico, de la construcción del *Freemason's Hall*, para plasmar en el espacio londinense la fuerza de la Fraternidad y el dinamismo de sus obreros, tal garantía no era nada despreciable. Por otra parte, es preciso recordar que las principales críticas contra aquel proyecto de “incorporación” fueron formuladas por miembros extranjeros de logias inglesas o por dignatarios de logias continentales constituidas por Londres, pues temían que sus propios soberanos reaccionaran desfavorablemente a una demostración



demasiado ostentosa de los lazos de unión entre Gran Logia y la monarquía inglesa. El marqués de Gages, Gran Maestro provincial inglés en los Países Bajos austriacos, actual Bélgica, lamentó que esta inoportuna iniciativa pudiera dar la falsa impresión a las potencias europeas de que la Francmasonería, olvidando su compromiso de absoluta neutralidad política y de sumisión al legítimo soberano, se presentara como una sucursal de la influencia política inglesa sobre el continente. Más prudente que el duque de Beaufort, Anderson se había contentado con sugerir un apadrinamiento oficial, argumentando, de hecho, que el príncipe de Gales era “Maestro Masón y Maestro de una Logia”.

### 3. Adaptar los “antiguos deberes” al nuevo orden religioso

James Anderson y los dirigentes de la primera Gran Logia no sólo hicieron de compiladores. A diferencia de ciertos masones modernos, que en vano buscaban en la vuelta a una Masonería “primitiva” las claves de los retos que la Orden tenía que afrontar, la Gran Logia de Londres supo apropiarse de los *Old Charges*, los antiguos deberes, y adaptarlos al contexto no sólo político, sino también religioso y cultural de la Inglaterra de comienzos del siglo XVIII. Significativamente, las sucesivas inflexiones que, por su parte, los francmasones franceses introdujeron rápidamente en sus reglamentos (cristianización, galicanismo o laicismo), respondían a un proceso de aculturación, o más precisamente de apropiación cultural, que participaba más del espíritu de los pioneros de 1717 que de la idea de ruptura con la Francmasonería británica, como se dice muy a menudo. Además, puede observarse que en la medida en que la Francmasonería inglesa se aproximaba a la dinastía reinante y a las esferas gubernamentales, hasta el punto de esperar un reconocimiento oficial, se unía cada vez más abiertamente a la Iglesia establecida, es decir, al anglicanismo. Este proceso de aproximación fue tan evidente que llevó a

Marie-Cécile Révauger a titularlo como: “Masonería y religión en Gran Bretaña: hacia una religión de Estado”.

Para comprender el alcance de este retorno al origen que propone Anderson, hay que desligarse de todos los prejuicios ideológicos de los que ha adolecido la historiografía masónica durante mucho tiempo. Si aceptamos la tesis de Albert Lantoiné que defendía que “la finalidad disimulada de Anderson y de sus cómplices (sic) fue hacer pasar, solapadamente, la Francmasonería católica de antaño a la égida del protestantismo”<sup>15</sup>, tendríamos que renunciar a considerar al año 1717 como fecha de comienzo. Entre las diferentes versiones de los *Old Charges*, fueron numerosas las redactadas tras el cisma anglicano producido por la ruptura de Enrique VIII con la Santa Sede. En relación a la familia de manuscritos con la que se relaciona el *Manuscrit Grand Lodge n° 1* de 1583, Daniel Ligou advierte que «tiene marcas del anglicanismo isabelino. Se revelan alusiones a “Dios y a la Santa Iglesia” y se apunta la hostilidad a la herejía, definida “ya sea según vuestro juicio (alusión a la inspiración del Espíritu Santo que caracteriza a la Reforma), ya sea según la enseñanza de hombres sensatos y sabios”, otro criterio protestante»<sup>16</sup>. La impronta protestante de la Masonería no comenzó en 1717. Por otra parte, como lo subraya Jérôme Rousse-Lacordaire, “no había en Inglaterra un único protestantismo, sino protestantismos atravesados por una corriente de fondo: la *New –o Experimental– Philosophy*”<sup>17</sup>. Íntimamente ligado a Isaac Newton y a la *Royal Society*, cuyos lazos con la Gran Logia ya hemos comentado, la *New Philosophy* alentó a sus dirigentes, entre los que destacó el pastor Jean Théophile Désaguliers (1683-1744), tercer Gran Maestro y jefe de filas

<sup>15</sup> Albert Lantoiné, *Histoire de la Franc-maçonnerie française. La Franc-maçonnerie chez elle*, París, E. Nourry, 1927, p. 30.

<sup>16</sup> Daniel Ligou, «1717: née de protestants anglais», *Notre Histoire*, n° 66, 1990, p. 11.

<sup>17</sup> Jérôme Rousse-Lacordaire, *Rome et les francs-maçons, histoire d'un conflit*, París, Berg International Éditeurs, Pensée Politique et Sciences Sociales, 1996, pp. 36-37.

del “newtonianismo”. Las *Constituciones* de 1723 lo testifican claramente, ya que el artículo primero de las *Obligations*, que ha suscitado innumerables y polémicas peleas de exegetas, traduce la influencia del latitudinarismo.

I. Lo que concierne a Dios y a la Religión.

Un masón está, debido a su compromiso, obligado a obedecer a la ley moral; y si comprende correctamente el Arte (real), no será nunca ni un Ateo estúpido ni un Libertino irreligioso. Pero, aunque los masones de los antiguos tiempos estuviesen obligados a pertenecer a la religión del país o nación en la que estuvieran, cualquiera que fuera ésta, se considera hoy más adecuado obligarlos a la religión en la que todos los hombres están de acuerdo, dejando a cada uno sus propias opiniones; es decir, ser hombres de bien y sinceros, u hombres de honor y de probidad, sean cuales sean las denominaciones o las creencias que los puedan distinguir; así la Masonería llega a ser el Centro de la unión, y el medio de trabar una fiel amistad entre personas que permanecerían a una distancia constante<sup>18</sup>.

Los latitudinarios se aferraban más a la Escritura como modo de vida que como *corpus* dogmático y normativo; consideraban que el acuerdo sobre lo esencial autorizaba el desacuerdo sobre lo accesorio, y veían en la razón, más que en el Espíritu, el primer intérprete de la Escritura. Muchos líderes del latitudinarismo eran miembros de la *Royal Society*. Por otra parte, Guillermo III recompensó a los latitudinarios por el apoyo que le habían prestado en la Gloriosa Revolución: Edgard Stillingfleet llegó a ser obispo de Worcester, John Tillotson y Thomas Tennison, arzobispos de Canterbury. En sus sermones y escritos, justificaban su tolerancia con aquellos a los que se tenía por costumbre llamar los no conformistas. Ya en 1686, John Tillotson escribía a William Penn: “Me he esforzado siempre en mantener como principio de vida la idea de que nunca carecería de humanidad

<sup>18</sup> *Les Obligations d'un franc-maçon, I. Concernant Dieu et la Religion*, traducción de Georges Lamoine, *Les Constitutions d'Anderson...*, *op. cit.*, p. 63.

ni de caridad hacia aquel que profesara una opinión diferente a la mía”<sup>19</sup>. El latitudinarismo autorizaba un acercamiento entre los diferentes protestantismos, más allá del rigorismo presbiteriano, de esencia calvinista, y del formalismo anglicano, que emanaba claramente de su proximidad formal con el catolicismo. Sólo los unitarios, que rechazaban el dogma de la Santísima Trinidad, estaban claramente estigmatizados como heréticos. Además, en 1733, Anderson los condenó sin apelación en *Unity in Trinity and Trinity in Unity. Being a Dissertation against Idolatrsers, Modern Jews and Antitrinitarians*. Había, pues, “buenos” y “malos” disidentes.

La influencia del latitudinarismo y de sus representantes en la *Royal Society* fue esencial para comprender el espíritu que presidió la redacción de las *Constituciones* de la Gran Logia. No hay que olvidar que James Anderson, pastor presbiteriano, fue nombrado por la Iglesia protestante escocesa *Swallow Street* de Londres en 1710. Si hubiera permanecido en Escocia, hubiera representado a la Iglesia establecida (la poderosa *Kirk*), pero en Inglaterra era considerado como inconformista. Désaguliers, por su parte, era pastor de la Iglesia anglicana. Además, el latitudinarismo no postulaba la indiferencia a la diferencia religiosa, algo que hubiera sido totalmente anacrónico. Newton era contrario a la tolerancia hacia los católicos. ¿Puede verse entonces en el artículo primero de las *Obligations*, que tiene su continuación en la parte dedicada a la historia de la Orden de las *Constituciones*, una profesión de fe deísta? El deísmo extremista de un John Toland (1679-1722) no podía chocar a los fundadores de la Gran Logia. La primacía de la razón está constatada, lo mismo que el acuerdo sobre los principios fundamentales que permiten trascender las divergencias y la libertad de conciencia. Anderson respondió así, oportunamente, al deseo de nu-

---

<sup>19</sup> John Tillotson, *Lettres to William Penn. Passages from the life and writings of William Penn*, Philadelphia, 1882, pp. 311-312, citado por Donald Challen, *The Church, Radicalism and the rise of Freemasonry in Eighteenth century England*, ensayo dactilográfico, s. l., 1996, p. 4; traducido por el autor.

merosos escoceses de integrarse en el naciente Reino Unido acogándose al Acta de Unión de 1707. Las referencias de los *Old Charges* a las ortodoxias católicas (los santos) durante el período anterior al cisma anglicano, y después al período anglicano (la Iglesia en el sentido de la *High Church* de los episcopalianos) habían desaparecido. La “religión católica” a la que se refería Anderson designaba, en sentido etimológico, a la religión universal. La influencia de la *Royal Society* era, incluso aquí, indudable:

[Hay que] acoger libremente a hombres de religión, de países y de profesiones diferentes [...] Porque profesan abiertamente, por voluntad, no la fundación de una filosofía inglesa, escocesa, irlandesa, papista o protestante, sino de una filosofía de la humanidad<sup>20</sup>.

No se trataba de despertar los dolorosos traumas religiosos que Désaguliers, originario de La Rochelle y hugonote, había vivido personalmente. Sin embargo, la identificación en el espíritu de los promotores y del redactor de las *Constituciones* de esta religión universal con el cristianismo no ofrece ninguna duda. Además, los eclesiásticos protestantes eran relativamente numerosos entre las columnas de las logias: 41 de ellos han podido ser identificados con seguridad en el registro de los miembros de la Gran Logia correspondiente a 1730 y 140 en el de 1790, aunque los registros conservados están incompletos. Ninguno de los miles de sermones custodiados en la biblioteca de Lambeth Palace estigmatizaba la Francmasonería. Es cierto que los francmasones ingleses, y entre ellos los francmasones eclesiásticos, eran partidarios incondicionales de la *Alianza entre la Iglesia y el Estado*, obra de William Warbuton, aparecida en 1736. ¿No escribió el Reverendo Caleb Fleming en su co-

<sup>20</sup> Thomas Sprat, *History of the Royal Society*, citado por Jérôme Rousse-Lacordaire en *Rome et les francs-maçons, histoire d'un conflit*, op. cit., p. 40; según Michael Heyd, “Be sober and reasonable”. *The Critique of Enthusiasm in the Seventeenth and the Early Eighteenth Centuries*, Leiden, E. J. Brill, *Brill's studies in intellectual history*, 63, 1995, p. 153.

mentario de la obra anterior: “Si la Francmasonería reconoce la supremacía del Estado, del rey y de los magistrados, el fundamento esencial de esta alianza estaría en que la Iglesia debe emplear su influencia dominante al servicio del Estado y, por su parte, el Estado sostiene y protege a la Iglesia”? Durante un sermón en Lincolns Inn, el Dr. Downs, francmasón y decano de Saint-Paul, sostuvo que “el francmasón debe ser fiel a las obligaciones cristianas, debe celebrar la santa comunión en amor fraternal [...] *La Iglesia de Cristo es una comunidad de masones espirituales*”<sup>21</sup>. La República Universal de los francmasones no se había liberado todavía del *corpus* de las utopías cristianas; incluso veremos que las producirá hasta el siglo XIX, cuando aspiraban a crear la concordia entre cristianos, a eliminar las divisiones que la confesionalidad de Europa había hecho nacer, ofreciendo el prototipo de la ciudad cristiana pacífica.

Se debe señalar que, desde los orígenes, la Gran Logia no limitó la tolerancia religiosa sólo a los protestantes. Los católicos no estaban excluidos, aunque el contexto profano les era muy poco favorable (prueba de ello eran las continuas revueltas y la prohibición de acceder a todo cargo público). También hay que subrayar la amplitud de miras de la Gran Logia que, en 1729, nombró Gran Maestro al católico Lord Thomas Howard, duque de Norfolk. Por otra parte, el cosmos masónico no estaba estrictamente asociado al cosmos cristiano. El primer Gran Capellán de la Gran Logia de Inglaterra, William Dodd (1729-1777), ministro de la Iglesia anglicana, capellán del rey Jorge III, estimaba que si los principios morales de la Francmasonería parecían mejor adaptados a los valores del cristianismo que a los de cualquier otra religión, en realidad, no eran exclusivamente ni judíos ni cristianos. La tolerancia era, de hecho, mayor que en el continente europeo –a excepción de las Provincias Unidas– y que en las colonias, donde el judío, el “mestizo” y, en menor medida, el musulmán, pasaban por un

<sup>21</sup> *Sermons Preched at Lincolns Inn 1737*, Londres, 1737, citado por Donald Challen en *The Church, Radicalism and the rise of Freemasonry...*, *op. cit.*, p. 12.

“semejante imposible” y estaban excluidos de hecho, e incluso de derecho, de la República universal de los francmasones.

¿Habría por ello que calificar la Francmasonería inglesa de 1717 de “sociedad neutra”, siguiendo el alegato de Jacob Katz, sobre el que ya hemos debatido, respecto a la pertinencia de las relaciones entre los francmasones y los judíos?<sup>22</sup> Esta denominación es en general cierta cuando se trata de las relaciones entre los diferentes protestantismos, con la excepción de las corrientes más extremistas, y sin duda en gran medida por lo que toca a los hermanos católicos, cuya presencia en el seno de la Gran Logia de Londres no se debe exagerar. Con respecto a los no cristianos, si bien es difícil hablar de neutralidad en el contexto de la época, se puede estimar que los francmasones ingleses oscilaban entre la semi-neutralidad y la tolerancia, en el sentido restrictivo que se le daba entonces. Por otra parte, no hay que olvidar nunca la intervención del contexto profano social, cultural, económico y político para poder comprender el rechazo, la tolerancia o la libertad que el Otro sufría o disfrutaba.

#### 4. A la búsqueda del eslabón perdido

Si no temiéramos usar una metáfora rugbística de actualidad, la polémica que enfrenta desde algún tiempo al universitario escocés David Stevenson y a John Hamill, conservador de la Biblioteca y de los Archivos de la Gran Logia Unida de Inglaterra en la *Freemason's Hall*, podría titularse “cuando el cardo de Escocia discute la preeminencia de la rosa de Inglaterra”. John Hamill, guardián de la memoria oficial de la obediencia que reivindica la herencia de la primera Gran Logia, “madre logia universal”, no acepta la tesis de David Stevenson, según la

---

<sup>22</sup> Pierre-Yves Beaurepaire, «Fraternité universelle et pratiques discriminatoires dans la Franc-maçonnerie des Lumières», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 44-2, abril-junio 1997, pp. 195-212.

cual sólo Escocia había conocido un auténtico período de transición entre Masonería operativa y Masonería especulativa. Poniendo en duda los argumentos expuestos por el investigador escocés en una obra de revelador título, *The origins of Freemasonry. Scotland's century, 1590-1710*<sup>23</sup>, John Hamill publica *La historia "oficial" de la Franc-masonería inglesa*, en la que se puede leer: "Como otros, yo creo firmemente que la Masonería franca y aceptada, es decir, especulativa, encuentra sus orígenes en Inglaterra"<sup>24</sup>. Esto es lo que ha ocurrido, y sigue ocurriendo, respecto al ascendiente de la República universal de los francmasones. Detrás de la apuesta "memoria", más allá de la cuestión histórica, se encuentra la idea, ya desde el siglo XVIII, de que aquél que posee las claves de los orígenes, en caso de que existieran dichas claves, está legitimado para reivindicar una autoridad moral sobre la Orden por haber descubierto, en cierto modo, los secretos de la Masonería primitiva. Incluso cuando se esfuerza en utilizar los métodos científicos, la historia masónica oficial difícilmente renuncia al *credo* de Anderson, es decir, a la existencia de una filiación ininterrumpida entre los masones operativos y sus herederos especulativos. Conviene, pues, reabrir ese dossier sin ningún *a priori* y sin ver a un francmasón, en el sentido moderno y especulativo del término, en el primer *free stone mason* que se presente<sup>25</sup>.

La tesis según la cual la Francmasonería especulativa desciende por "transición", sin solución de continuidad, de la Masonería operativa es hoy en día muy discutida. La filiación "ininterrumpida", proclamada por James Anderson, entre las logias operativas medievales y las logias especulativas de 1717 venía, como se ha visto más arriba, a legitimar la Gran Logia de

<sup>23</sup> David Stevenson, *The origins of Freemasonry. Scotland's century 1590-1710*, Cambridge U. K., Cambridge U.P., 1990.

<sup>24</sup> John Hamill, *The History of English Freemasonry*, Addlestone, Lewis Masonic Books, 1994, p. 31.

<sup>25</sup> Sobre esta cuestión, consultar el estudio de Matthew D. J. Scanlan, "La Franc-maçonnerie et le mystère de l'Acception-1630-1723, un défaut fatal", *Renaissance Traditionnelle*, tomo XXXVI, nº 145, 2005, p. 2-37.



Londres en fase de formación. En lo concerniente a Inglaterra, hay que distinguir la *Company of Free masons* (Compañía de los francmasones) operativa, cuyo origen se sitúa en 1356, y la *Worshipful Society of the Free Masons of the City of London* (Venerable Sociedad de los francmasones de la ciudad de Londres), proveniente de un conflicto entre “masones de talla” (talladores de piedra) y “masones de posición”. La *Company* controlaba el oficio en Londres e inscribía a los nuevos aprendices que prestan juramento de fidelidad y de lealtad a la profesión, a la ciudad y a la Corona, y para llegar a ser “hombres libres del oficio”. La relación con los *free masons* era tentadora, pero parecía bastante arriesgada. En efecto, en los tres primeros grados masónicos no se mencionaba nada sobre una libertad o franquicia que propondría la afiliación a la Orden masónica. Ningún documento medieval inglés evocaba “secretos” o “grados”. Además, tampoco había una referencia a la “logia”, vocablo que desde el siglo XIII designaba los barracones en los que los masones de una obra, a semejanza de los actuales obreros de la construcción, dejaban sus herramientas, comían y descansaban.

A finales del siglo XVII y a comienzos del XVIII, la *Company* registró una afluencia de *Accepted Masons* que no pertenecían propiamente a los oficios de la piedra. Progresivamente se les escapó el control de la profesión y sus representantes se reagruparon en la *Worshipful Society* para mantener las tradiciones medievales: ritual de admisión, juramento, contraseña... Pero, al contar con la presencia de notables en sus filas, la *Company* obtuvo en 1667 una patente real y se convirtió en la *Masons company*. Su rival no fue capaz de resistir en el terreno social y se debilitó rápidamente. Algunos autores, como Florence de Lüssy, antigua conservadora del fondo masónico en la Biblioteca Nacional Francesa, consideran que el nacimiento de la Gran Logia de Londres correspondería, de hecho, a una reacción de logias operativas de la *Worshipful Society*, enfrentadas al desinterés que mostraba la *Masons Company* por defender sus derechos. Pero no se encuentra ninguna huella de logias operativas

activas en Inglaterra durante la época de la creación de la Gran Logia; la *Domestic Lodge n° 177*, logia operativa que depende de la Gran Logia de los Antiguos, data sólo de 1785. David Stevenson se considera pues con autoridad para pronunciarse en favor de una fundación inglesa *ex nihilo*, inspirada en el modelo escocés. Había, en efecto, censadas en Escocia, antes de 1710, 25 logias. Su creación se desprende de los *Status* redactados en 1598 y 1599 por William Shaw (1550-1602). A partir de la fundación de la Gran Logia de Escocia en 1736 se fueron constituyendo otras logias operativas, como la *St. John n° 37*, pero los *Status Shaw* marcaron claramente una etapa decisiva. Maestro de obras del rey de Escocia, Jacobo VI, y Vigilante general de la *Incorporation* de los masones de Escocia, Shaw organizó los grados de aprendiz y de compañero<sup>26</sup>, instauró las ceremonias de recepción específicas a esos dos grados y creó el “código del masón” que abarcaba el conjunto de los signos, gestos y contactos que permitían reconocerse a los operativos. En los segundos *Status* de 1599, Shaw insistía en la práctica del arte de la memoria por parte de los masones, esta herencia del Renacimiento íntimamente asociada a la arquitectura. A su manera, la logia era un templo de la memoria, recreación del templo de Salomón. Shaw, arquitecto prudente, procedió a la reutilización de materiales preexistentes que sincretiza para levantar un nuevo edificio. Una transferencia cultural se habría producido a continuación en dirección a Inglaterra, como atestigua el empleo del “código del masón” detectado desde 1638. Las operaciones militares de la guerra civil y los desplazamientos de los ejércitos escoceses habrían permitido, igualmente, la recepción de profanos por parte de francmasones de Escocia en el territorio inglés invadido.

Philippe Morbach resume de este modo la situación:

No existen pruebas de una continuidad estructural entre la antigua Masonería operativa integrada en las corporaciones

---

<sup>26</sup> El grado de compañero se divide a comienzos del siglo XVIII entre compañero y “compañero avanzado llamado maestro”.

o gremios locales y el sistema de logias independientes que se constituyó a comienzos del siglo XVII sobre la base de los estatutos Shaw, que toman el nombre de su promotor [...] Se puede afirmar que las logias más antiguas del mundo son escocesas (1599). [...] A pesar de las afirmaciones de los historiadores ingleses, no hay ninguna prueba de la existencia de logias permanentes en Inglaterra hasta finales del siglo XVII, si se tienen en cuenta las reuniones puntuales aquí o allá en los albergues para recibir a los nuevos miembros. De hecho, las cuatro logias que se reunieron en 1717, durante el día de San Juan de verano, para federarse en Gran Logia de Londres, recuperaron un movimiento en gestación y le dieron una estructura institucional y unas constituciones llamadas de Anderson, del que hay que señalar que era escocés, hijo de un vidriero, secretario de la logia de Aberdeen<sup>27</sup>.

Sin embargo, algunas cuestiones quedan sin respuesta. ¿Qué forma adoptaron las ceremonias de recepción de los masones no-operativos en las logias escocesas? ¿Tenían aquellos hermanos rango de miembros honorarios, garantizando la honorabilidad de la logia, o toman parte activa en los trabajos? ¿Cuáles fueron las motivaciones de Elias Ashmole y de los oficiales escoceses iniciados en el transcurso de la guerra civil? Si la existencia de logias operativas escocesas está atestiguada a finales del siglo XVI, ¿por qué la pequeña cantidad de versiones escocesas de los *Old Charges* data de finales del siglo XVII? ¿Y qué conclusiones se pueden sacar del hecho de que tales versiones parecen proceder de versiones inglesas anteriores? El tema no está por lo tanto agotado, pero su tratamiento exige prudencia y reserva. En Francia, Marie-Cécile Révauger recoge con talento las tesis de David Stevenson, pero sin librarse de la rivalidad anglo-escocesa que alimenta la polémica y perjudica la serenidad del debate. Así, en su último artículo sobre la

---

<sup>27</sup> Philippe Morbach, «Approche des racines d'un ordre initiatique, rôle de l'Écosse dans l'apparition de la Franc-maçonnerie», *Franc-maçonnerie. Avenir d'une tradition Chemins maçonniques 5997*, Catálogo de la exposición del Museo de Bellas Artes, Tours, Alfil, p. 70.

cuestión, dedicado a una logia de Edimburgo, “operativa por su composición social y su ritual”, señala:

Con razón los escoceses están orgullosos de sus logias operativas. Por más que se esfuerce la Gran Logia Unida de Inglaterra en encontrar un punto de unión entre la Masonería especulativa de 1717 y algunas Logias de masones de oficio londinenses del siglo XVII, hoy en día es innegable que las Logias erigidas en el siglo XVIII en Inglaterra perdieron, en su inmensa mayoría, toda vocación operativa y no pueden, en ningún caso, pretender una filiación con las Logias operativas del siglo anterior. Por el contrario, cuando la Gran Logia de Escocia se fundó en 1736, una cantidad apreciable de Logias reivindicó, con razón, que sus orígenes se encuentran en los siglos XVI y XVII<sup>28</sup>.

La misma búsqueda de los orígenes, más o menos míticos, de la Francmasonería especulativa y la desaparición de la mayor parte de los archivos de las primeras logias han conducido a indagar en otras pistas, a explorar otras genealogías. Algunos historiadores han puesto su mirada en otras formas de sociabilidad iniciática que afloraron en el siglo XVII —órdenes caballerescos, círculos libertinos, sociedades bromistas y báquicas donde se alaba a la “divina botella” entre iguales—, así como en los gremios de obreros, que permanecen poco estudiados durante el Antiguo Régimen, a pesar de la obra clásica de Émile Coornaert y los interesantes, pero aislados, trabajos de Laurent Bastard y de Jean-Michel Mathonière<sup>29</sup>. Por desgracia, la investigación sobre el origen común y sobre el eslabón perdido entre masonerías operativa y especulativa ha empujado a demasiados investigadores a reconstruir escenarios, primero

<sup>28</sup> Marie-Cécile Révauger, «La loge des Journeymen masons d'Edimbourg, ou la mentalité opérative», *Studia Latomorum & Historica, Mélanges offerts à Daniel Ligou colligés par Charles Porset*, Paris, Honoré Champion, 1998, p. 387.

<sup>29</sup> Émile Coornaert, *Les Compagnonnages en France du Moyen Âge à nos jours*, Paris, Les Éditions ouvrières, 1966. Laurent Bastard y Jean-Michel Mathonière, *Travail et Honneur. Les compagnons passants tailleurs de pierre en Avignon aux XVIIIème et XIXème siècles*, Dieulefit, La Nef de Salomon, 1996.

calificados de verosímiles y, después, defendidos, sin matices ni cautela, como la reconstrucción científica de la génesis masónica. Las segundas intenciones no están ausentes de tales enfoques. En 1998, cuando el Gran Maestro del Gran Oriente de Francia se enfrentó con la Gran Logia Nacional Francesa, única obediencia francesa reconocida como regular por la Gran Logia Unida de Inglaterra, declaró que los orígenes de la Francmasonería moderna se remontaban a los tallistas de piedra de la catedral de Estrasburgo en 1300. Los francmasones continentales no tenían que recibir ninguna lección ni de Londres ni de sus partidarios.

De hecho, si se abre el expediente de las relaciones entre gremios y Francmasonería, hay que admitir que es tardíamente, en el siglo XIX, cuando la simbología masónica influyó en los gremios. Laurent Bastard y Jean-Michel Mathonière han aportado la confirmación decisiva en *Compagnons passants tailleurs de Pierre en Avignon aux XVIII<sup>e</sup> et XIX<sup>e</sup> siècles*. La referencia a los mitos fundadores similares y las diversas analogías formales no son presunciones de parentesco. Está claro que la Francmasonería, y Anderson nunca lo ocultó, tomó prestado de los oficios expresiones, símbolos y textos reglamentarios para hacer de ellos la materia prima de la estructura de nueva sociabilidad. Los gremios del siglo XIX multiplicaron, a su vez, los préstamos formales de la Francmasonería, sin por ello convertirse en para-masónicos, como algunos compañeros han señalado con tanta rotundidad, e incluso virulencia, que sus relaciones con la Orden masónica, temerosa de ver disuelta su identidad, han llegado a ser conflictivas.

El gran encuentro de la Masonería y del *compagnonnage* tuvo lugar en Francia a comienzos del siglo XIX; no antes. Se trata de un hecho muy importante. Los *Compagnons du Devoir* existían históricamente en Francia desde hacía siglos, antes de que se hablara de Francmasonería. Se trata de otro hecho no menos importante y además irrefutable. Hubo, seguro, un encuentro en Inglaterra, donde algunas instituciones, con las cuales no tenemos ninguna semejanza, que

agrupan a gentes del oficio, abrieron sus puertas a personas ajenas al oficio. [...] En todo caso, las comunidades de oficios que ellas arbitraban no debían ofrecer más que una lejana semejanza con el *compagnonnage*, del cual no vemos qué relación podría tener con ellas ¡por añadidura, decadentes!. Y tenían que serlo para aceptar ser utilizadas de esa manera. Lo que nosotros discutimos es cualquier relación entre esas conexiones inglesas y el *compagnonnage*. También discutimos cualquier filiación del *compagnonnage* y de las logias de Estrasburgo o de Colonia<sup>30</sup>, cuyo carácter local, sedentario y germánico difiere del de nuestra institución. Su presencia se explica en los países donde la organización de los oficios tuvo un espíritu diferente del que existió en Francia<sup>31</sup>.

Está claro que las dobles pertenencias individuales a la Francmasonería y al *compagnonnage*, a menudo silenciadas debido al contexto, facilitaron los contactos y los intercambios, pero no hay entre ellos ninguna prueba de parentesco. Sólo dan testimonio de convergencias y de complementariedades. Así, el magnífico Rol de 1782 de los Compañeros pasantes tallistas de piedra comporta analogías con la simbología masónica: estrella brillante, marcada con la letra capital G, por geometría, justa proporción, mosaico pavimentado, faro en forma de torre de Babel. El compañero que creó este registro pudo estar influido por la iconografía masónica, sin haber sido necesariamente iniciado. Las obras de divulgación fueron por aquel entonces numerosas, y los francmasones no tenían el monopolio de esos símbolos ni de la referencia al templo de Salomón.

Consideremos un instante los fructíferos intercambios entre las logias, los Nobles Juegos de arco, ballesta o arcabuces, las cofradías de penitentes, los clubs de golf, las academias, las sociedades de lectura y otros círculos del siglo XIX. Los des-

---

<sup>30</sup> Referencia a la *Baubütte* alemana, cuyos más antiguos reglamentos generales datan de 1459 y cuya sede central era la logia (hütte) de la catedral de Estrasburgo.

<sup>31</sup> Jean Bernard (fundador de la Asociación Obrera *Compagnons du Devoir*), "Positions 6", *Compagnonnage*, n° 272, enero 1965, pp. 1-2.

plazamientos de una forma de sociabilidad a la otra, la creación de ciertas sociedades por parte de las logias o transformación de otras sociedades en logias, la asociación, las dobles pertenencias, o los sincretismos simbólicos y rituales fueron, como demostraremos más adelante, numerosos e indiscutibles. Para explicarlos, se pondrá de relieve el parentesco de estructuras, la complementariedad de funciones, la mutación de sociabilidad, el deseo de aportar respuestas variadas a la búsqueda de una convivencia entre “amigos elegidos”, entre iguales. Pero, a pesar de los préstamos simbólicos e iniciáticos entre Nobles Juegos y Logias, o la creación de los primeros clubs de golf escoceses por parte de las logias masónicas, no habrá que pensar un solo instante que puedan tener orígenes comunes. Hay que actuar de la misma manera con respecto a los *compagnonnages*, si no se quieren confundir las cartas de juego y perder de vista las verdaderas apuestas sobre la exploración de un campo de la sociabilidad en permanente recomposición: comprender cómo las estructuras de sociabilidad que lo habitan pueden transformarse, apropiarse de nuevas prácticas, de nuevos objetos, y competir con estructuras existentes para responder a las expectativas de la sociedad. En este contexto, el préstamo y la aculturación prevalecen sobre la filiación. Habría que meditar, pues, la siguiente propuesta de Christiane Berkvens-Stevelinck: “En efecto, se podría decir que como el hombre no desciende del mono, pero es su primo más cercano, las logias masónicas no nacen en los círculos libertinos del siglo anterior. Estas dos expresiones culturales del siglo de las Luces habitan, simplemente, casas adosadas”<sup>32</sup>.

Desgraciadamente, el no tomar en consideración las características de la sociabilidad ha conducido a algunos investigadores y, en primer lugar, a la historiadora norteamericana Margaret C. Jacob, a buscar los orígenes de la Francmasonería en los cenáculos libertinos de finales del siglo XVII y princi-

<sup>32</sup> Christiane Berkvens-Stevenlinck, «Cénacles libertins ou premières loges? Les débuts de la Franc-maçonnerie hollandaise», *Dix-huitième siècle*, nº 29, 1997, pp. 303-313.

pios del siglo XVIII, cuando, conforme a las publicaciones y a las certezas asentadas, estos cenáculos no se convirtieron en sedes pre o proto-masónicas, ni tampoco en logias masónicas. Su actitud es similar a la presentada anteriormente: se trata de mostrar por aquí o por ahí analogías, símiles, de alinearlos y, como las piezas del montaje de una película, hacer una trama coherente, pero ficticia; una historia que conduce desde los librepensadores del siglo XVII a la Revolución francesa de 1789. Margaret C. Jacob habla de “un radicalismo político y un naturalismo panteísta de origen inglés, que fueron la base de una evolución de las mentalidades que desembocaron en la Enciclopedia y en la Revolución”<sup>33</sup>. Christiane Berkvens-Stevelinck ha retomado el expediente holandés sobre el cual la historiadora americana había fundado sus conjeturas, en concreto el *Extrait des Registres du Chapitre General des chevaliers de la Jubilation* de 1710 y los *Journaux d’assemblée et extraits de discours* emitidos por los Caballeros de la Jubilación en 1711 y 1712<sup>34</sup>, y ha demostrado que los Caballeros de la Jubilación no formaron la primera logia masónica continental, como lo cree Margaret C. Jacob. El juramento que prestaba todo nuevo caballero da testimonio claro de la naturaleza jocosa y báquica que caracterizaba a esta cofradía:

Nosotros los Caballeros de la Jubilación, a todos aquellos que verán estas presentes cartas, saludos, alegría, salud, palomos, pollos, pulardas, capones, perdices, faisanes, pavas, lenguas rellenas, jamón; *bonum vinum* [...]

El susodicho caballero [...] estando comprometido, por un voto solemne, a guardar por siempre los Estatutos y los Reglamentos de nuestra orden, que son estar siempre ágil, bromear, juguetear, retozar, etc... a vivir sin amor clandestino,

<sup>33</sup> Margaret C. Jacob, *The Radical Enlightenment: Pantheists, Freemasons and Republicans*, London, George Allen & Unwin, 1981, y más recientemente: *The Origins of Freemasonry. Facts & Fictions*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2006.

<sup>34</sup> Christiane Berkvens-Stevelinck, «Cénacles libertins ou premières loges? Les débuts de la Franc-maçonnerie hollandaise», art. cit., pp. 303-313.



ni matrimonial, siendo el amor el antípoda de la alegría y el matrimonio la tumba de las risas y de los juegos<sup>35</sup>.

Estas sociedades fueron muy numerosas a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Evidentemente, uno piensa en la Orden de la Felicidad, mixta y libertina, cuyas “sucursales” aparecían a menudo en los surcos de las logias militares<sup>36</sup>. Pero es necesario recurrir a la obra clásica de Arthur Dinaux, *Les Sociétés badines, bachiques, littéraires et chantantes*, o leer la obra del historiador David Garrioch, *Voisinage et communauté*, para tomar consciencia de la cantidad y variedad de estas formas de sociabilidad ilegalmente formalizadas, pero de hecho vivas, que, a menudo, no dejaron en los archivos más huellas que relaciones de policías y de magistrados municipales que tomaron parte en eventuales excesos festivos<sup>37</sup>. A pesar del trabajo de David Garrioch, la cuestión merece otras investigaciones, menos impresionistas, que permitirían sondear en profundidad la estructura de las redes de sociabilidad de una ciudad o de un barrio. La relación de tal enfoque con un estudio biográfico de los afiliados o simpatizantes permitiría enriquecer nuestro conocimiento sobre los vínculos sociales de finales del Antiguo Régimen.

La profusión de micro-sociedades testimonia sobre todo el éxito duradero que lograron las “sociedades de hombres”, donde los ágapes, animados de atrevidos propósitos, tenían un lugar esencial, a pesar del *proceso de civilización* (Norbert Elias). Cofradías organizadas sobre un modelo caballeresco pusieron en escena la entrada de los neófitos en el círculo de los

<sup>35</sup> Londres, British Museum, Add. MSS. 4295, ff<sup>o</sup> 18-19, citado por Christiane Berkvens-Stevelinck, «Cénacles libertines ou premières loges?...», art. cit., p. 305.

<sup>36</sup> Así ocurre en Dieppe, donde la Sociedad de la Felicidad se fundó en noviembre de 1766 y se mantuvo en funcionamiento hasta la salida de la ciudad de la logia militar de *Saint-Louis* en 1773.

<sup>37</sup> Arthur Dinaux, *Les Sociétés badines, bachiques, littéraires et chantantes, leur histoire et leurs travaux*, Paris, Bachelin-Deflorenne, 1867. David Garrioch, *Neighborhood and community in Paris, 1740-1799*, Cambridge studies in early modern history, Cambridge, Cambridge U. P., 1986, 278 pp.

iguales por medio de las pruebas iniciáticas. Estas asociaciones existieron antes, durante y después de la eclosión de la Francmasonería especulativa. Es evidente que las prácticas y rituales festivos que allí se desarrollan pudieron influir en la organización de las logias. En efecto, no se puede pensar en una creación *ex nihilo* de estas últimas. Es importante, pues, interesarse por el entorno en el que emerge la Francmasonería en el siglo XVIII, pero no para elaborar la genealogía de la Orden masónica, muy mítica como gran cantidad de genealogías familiares desde la Antigüedad, ni para elaborar el arquetipo de la nueva sociabilidad prerrevolucionaria, sino para evaluar la influencia concreta del tejido social sobre la génesis de la Francmasonería, sus orientaciones, insistiendo en la originalidad de su trayectoria en el campo de la sociabilidad asociativa.